

Universidad de Barcelona
Facultad de Geografía e Historia
Departamento de Historia Contemporánea

Programa de Doctorado: Mòn Contemporani
Bienio: 1999-2001

Título de la tesis para optar al título de Doctor:

**Las relaciones entre China y Corea del Norte en la era
de Deng Xiaoping (1978-1997)**

Doctorando: Daniel Gomà Pinilla

Director de la tesis: Dr. Joan Oliver Puigdomènech

Barcelona
2006

Conclusión

Analizar el impacto que supuso el período 1978-1997 en las relaciones sino-norcoreanas es un ejercicio ciertamente complicado porque sus consecuencias directas todavía perduran hoy día, en el año 2006. En este sentido, la etapa maoísta es un capítulo más fácil de cerrar porque se enmarca en un período ya terminado, la Guerra Fría, donde las relaciones sino-norcoreanas estaban condicionadas por unos factores que en muchos casos ya han desaparecido. En cambio, la actual política exterior de la República Popular China (RPCh) hacia Corea es heredera directa del período “denguista”. Podríamos afirmar incluso que no sólo es heredera sino que en la práctica es la misma de la última etapa de Deng Xiaoping en el poder, sólo que adaptada a las circunstancias políticas posteriores.

Y aquí radica el gran legado del dirigente chino a la política coreana de la RPCh. Como esta tesis ha demostrado, Deng sentó las bases de la política actual de China hacia la República Popular Democrática de Corea (RPDC), caracterizada por cinco factores. El primero de ellos es garantizar a Pyongyang su seguridad nacional mientras que el segundo es asegurarle la ayuda económica, especialmente después de la desaparición del aliado soviético. Asimismo, Pekín muestra su apoyo al desarrollo político de Corea del Norte después de la muerte de su histórico presidente Kim Il Sung. Los dos últimos factores se centran en la política exterior: por un lado, defender en la medida de lo posible los intereses norcoreanos en la escena internacional y, por el otro, ejercer de

intermediario entre la RPDC y la comunidad internacional (léase EE.UU.). Gracias a ello, China juega a fecha de hoy un papel esencial en la política exterior de Corea del Norte y es el único país que ejerce una influencia verdadera sobre aquella.

La época “denguista” fue fundamental porque cambió significativamente la política coreana desarrollada por Pekín durante el período maoísta. La etapa 1978-1997 supuso la transformación de la alianza entre China y Corea del Norte de una alianza militar e ideológica a una centrada principalmente en el ámbito de la seguridad. La relación bilateral dejó de definirse con el paso de los años en función del pacto militar y la afinidad ideológica porque en la práctica los intereses nacionales respectivos dejaron de ser en su mayor parte coincidentes.

La política de reformas de Deng Xiaoping y sus camaradas del Partido Comunista Chino (PCCh) les alejó del régimen kimilsungista, poco proclive a los cambios que alterarían los aspectos más importantes del sistema comunista, como la política económica. Lo que los norcoreanos no llegaron (o no quisieron) entender es que el mundo estaba cambiando y las relaciones internacionales también. Los dirigentes chinos, en cambio, eran conscientes de la importancia de impulsar dichas reformas para asegurar la subsistencia de su sistema político. Ello vino acompañado de un nuevo planteamiento en política exterior y una mayor integración en la comunidad internacional. Por el contrario, la RPDC se obstinó en permanecer fuera de ella.

En sus relaciones con Pyongyang, Pekín siempre fue consciente de la necesidad de una supervivencia del régimen norcoreano porque este hecho iba a favor de sus intereses nacionales y, por ello, siempre consideró vital que Pyongyang llevara a cabo reformas profundas, ofreciendo su modelo como la máxima garantía de éxito. Sólo así se explica su deferencia en el trato con el gobierno norcoreano pese a sus diferencias políticas. Deng consideraba que si llevaba a cabo las mismas reformas que él había impulsado en su país, la RPDC sobreviviría durante largo tiempo y Pekín no tendría que preocuparse tanto ante su posible desaparición. Como muestra de ello valga una anécdota que tuvo lugar durante la última visita de Kim Il Sung a China, en octubre de 1991. El presidente norcoreano preguntó a Deng Xiaoping si pensaba que el comunismo sobreviviría. El pesimismo del primero estaba justificado pues en poco tiempo había visto cómo el bloque soviético se había desintegrado mientras que la propia URSS se encaminaba hacia el precipicio en el que caería sólo dos meses más tarde. Deng, en cambio, era optimista y recomendó a su interlocutor que siguiera el modelo chino,

abriendo la economía de su país y desarrollando relaciones con Corea del Sur y Occidente.¹ En este aspecto sí que podemos afirmar que la influencia china sobre Pyongyang fue muy limitada porque la presión de Pekín a lo largo de las décadas de los ochenta y noventa para que aquél impulsara un programa de reformas profundas resultó un fracaso.

El final de la Guerra Fría trajo nuevos cambios en la relación entre los dos gobiernos comunistas asiáticos. Durante décadas Pyongyang se había beneficiado de la rivalidad entre Pekín y Moscú, evitando decantarse demasiado hacia uno de los dos lados. Sin embargo, esta política de independencia frente a sus dos poderosos aliados tenía el riesgo de venirse abajo si la disputa entre estos últimos desaparecía, tal como ocurrió a finales de los ochenta. El régimen kimilsungista ya no pudo aprovecharse de aquella rivalidad con el objetivo de maximizar sus intereses. Como acertadamente señala Chae-Jin Lee, “los norcoreanos fueron las principales víctimas de la nueva reconciliación sino-soviética”.² Además, a partir de 1991, con la desintegración de la Unión Soviética, la RPDC pasó a depender casi exclusivamente de la ayuda de Pekín y esta circunstancia tuvo sus consecuencias en las relaciones bilaterales. La normalización diplomática entre China y Corea del Sur en agosto de 1992 fue, en este sentido, una clara demostración del final de los alineamientos políticos característicos de la Guerra Fría y la emergencia de una cooperación regional que marcará el período de la post-Guerra Fría.

Con la entrada en los años noventa, China pasó a ocupar una posición de fuerza en sus relaciones con Corea del Norte, lo que le permitió evitar los condicionamientos procedentes de Pyongyang. Ciertamente, la relación bilateral se vio beneficiada por la afinidad ideológica, especialmente importante en el caso de Pyongyang tras la pérdida de su aliado soviético. No obstante, conviene ser claros en este punto: la política seguida por Pekín dejó de lado definitivamente el elemento ideológico como factor determinante en sus relaciones con Pyongyang para centrarse en los intereses nacionales. El hecho de que la RPDC fuera gobernada por un partido comunista era en 1997 un punto a su favor en las relaciones con China pero no el más importante. En el caso chino, el factor ideológico se mantuvo como nexo de unión simplemente porque Corea del Norte era un aliado y porque los dirigentes del PCCh tenían en él un recurso para continuar ejerciendo una cierta influencia sobre los Kim y el PTC. No es de extrañar,

¹ Don Oberdorfer, *The Two Koreas: A Contemporary History*, Nueva York: Basic Books, 2001, p. 219.

² Chae-Jin Lee, *China and Korea: Dynamic Relations*, Stanford: Hoover Institution Press, 1996, p. 86.

por tanto, que en el momento de la muerte de Deng Xiaoping la alianza entre los dos países hubiera pasado a ser más estratégica que política.

Incluso la muerte de Kim Il Sung, pese a las incógnitas que despertó, no alteró la nueva política china hacia la península de Corea emprendida en los años anteriores. Aunque su influencia disminuyó, Pekín continuó siendo el máximo aliado de la RPDC. Por el contrario, para Pyongyang la desaparición de Kim no dejó de ser un hecho dramático para sus relaciones con su aliado chino porque le dejó sin el mejor interlocutor con Pekín. El óbito del histórico mandatario norcoreano coincidió con la desaparición de Deng Xiaoping del escenario político chino y se puso fin así a unos vínculos personales entre líderes comunistas chinos y coreanos que habían existido, pese a las diferencias, desde los inicios de las luchas revolucionarias en los respectivos países.³

Sin embargo, la crisis interna de Corea del Norte durante el trienio siguiente a la muerte de Kim Il Sung sacó a la luz uno de los grandes temores de China en la cuestión coreana: el riesgo de colapso del sistema político norcoreano. Si el caos se apoderaba de Pyongyang, la principal perjudicada hubiera sido China y en concreto los territorios del nordeste, donde las consecuencias podían ser devastadoras. Aunque con un margen de maniobra más amplio, la delicada situación de la RPDC post-Kim Il Sung obligó a Pekín a un replanteamiento de su relación con Pyongyang y a promover un acercamiento al mismo con el fin de garantizar sus intereses en la zona. Debido a la naturaleza secreta de las relaciones sino-norcoreanas, las cifras de la ayuda china en este período no están claras aunque algunas fuentes estimaban que en 1997 representaban una cuarta o una tercera parte de la ayuda externa de la RPCh.⁴

Pese a los cambios experimentados en la relación entre Pekín y Pyongyang a lo largo del período 1978-1997, la importancia de Corea del Norte en la política exterior de Pekín no disminuyó, especialmente en el ámbito de la seguridad. Entre 1978 y finales de los años ochenta, la RPDC era una pieza clave para frenar la expansión del

³ Con motivo del fallecimiento de Deng Xiaoping en febrero de 1997, el líder norcoreano Kim Jong Il envió un mensaje al presidente chino Jiang Zemin donde señalaba la relación especial que había tenido su padre y el difunto líder del PCCh, hecho que había contribuido a reforzar los lazos entre los dos países. Para el mensaje de condolencias de Kim Jong Il véase *Renmin Ribao* [El Diario del Pueblo], 21 de febrero de 1997.

⁴ Samuel S. Kim y Tai Hwan Lee, "Chinese-North Korean Relations Managing: Asymmetrical Interdependence" en Samuel S. Kim y Tai Hwan Lee (ed.), *North Korea and Northeast Asia*, NuevaYork y Oxford: Rowman & Littlefield, 2002, p. 126.

poder soviético en Asia oriental mientras que en la etapa posterior, la post-Guerra Fría, aquél país realizó la misma función aunque en este caso el objetivo no era ya la URSS sino EE.UU.

A lo largo de las dos décadas posteriores a la muerte de Mao, Pekín siempre tuvo en cuenta que la alianza con Corea del Norte representaba más beneficios y ventajas que su desaparición. En primer lugar, al contar con un aliado en la península coreana, la RPCh lograba alejar en parte el peligro sobre su región del nordeste, centro industrial del país. Por otro lado, se trataba de la nación que se encontraba más cerca del poder político chino (Pekín) y su amistad contribuía a la protección de aquél. Por ello, el objetivo del régimen chino fue mantener a la RPDC en la órbita de China y en especial alejada de Moscú.

La desaparición de la URSS en diciembre de 1991 no alteró la posición china y la relación estratégica con Corea del Norte siguió siendo una de las mayores preocupaciones de la política de seguridad de Pekín porque, a diferencia de otros lugares del planeta, el final de la Guerra Fría no llevó a la desaparición del marco político impuesto cuarenta años antes y la situación en la península se hizo incluso más precaria que antes en términos de seguridad. Para Pekín, la península de Corea era el “corazón del problema” (*hexin wenti*) del nordeste de Asia.

Esta realidad explica la reacción china ante la tensión originada por el programa nuclear norcoreano en los años noventa. En lugar de oponerse frontalmente a Pyongyang, los dirigentes chinos optaron por la moderación y la diplomacia para resolver la cuestión y evitar que la situación degenerara hasta límites insalvables. Para solucionar el problema y preservar su influencia, era preciso evitar el aislamiento de la RPDC y la imposición de sanciones a esta última, con lo que se evitarían nuevas provocaciones norcoreanas. Para China, la estabilidad en la península coreana y en la región del nordeste de Asia era más importante para sus intereses nacionales que el desarme nuclear de Corea del Norte. Una posición muy similar es la que defenderá Pekín cuando en febrero de 2005 la RPDC anuncie que posee armas nucleares.

La estrecha relación con Pyongyang le granjeaba asimismo a China un papel muy importante en la escena internacional. Como principal aliado, ejercía de mediador en las crisis y de representante de los intereses norcoreanos en la comunidad internacional, recibiendo por ello una gran consideración por parte de los estados vecinos y de las grandes potencias, empezando por EE.UU. Desde Jimmy Carter hasta Bill Clinton, todos los inquilinos de la Casa Blanca insistieron en algún momento a

China para que ejerciera su influencia y/o presión sobre su aliado norcoreano en las diferentes crisis. Pero la creciente dependencia de Pyongyang respecto a Pekín tras la desaparición de la URSS supuso para el segundo mayores beneficios porque limitó las opciones de Washington en el escenario coreano, obligándole a colaborar con el gobierno chino para que éste utilizara su influencia sobre los Kim con el fin de preservar la estabilidad en la región del nordeste de Asia. A ojos de China, el régimen de Pyongyang se convirtió a partir de entonces en un as en la manga que podía utilizar a la hora de negociar con las grandes potencias.

Por tanto, abandonar a Corea del Norte supondría para China ir directamente en contra de sus intereses nacionales. Incluso el programa de reformas impulsado por el PCCh postmaoísta se vería afectado si Pekín no mantenía su influencia en la zona porque la modernización económica requería también unas fronteras seguras. Sin una buena relación con Pyongyang era imposible proteger los intereses de seguridad de la RPCh.

Un buen ejemplo de esta actitud de Pekín es el mantenimiento del Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua con Pyongyang a lo largo de la etapa 1978-1997. Firmado por los dos países en julio de 1961 y vigente todavía a fecha de hoy pese a ser consecuencia de la Guerra Fría, la verdadera razón de ser de este tratado residía en su artículo dos, donde China se comprometía a ayudar a Corea del Norte en caso de guerra con otro país y viceversa. Aunque no especificaba nada más, estaba claro que el objetivo era disuadir a los grandes enemigos de la RPDC en aquella época (EE.UU. Japón, Corea del Sur) de atacarla. Sin embargo, dicha razón de ser había dejado de tener sentido durante el período “denguista” una vez que China había establecido relaciones con Washington., Tokio y finalmente con Seúl.

¿Por qué razón, entonces, Pekín mantuvo el tratado de 1961 cuando incluso Moscú, el otro aliado de Pyongyang, había decidido derogarlo? No debemos olvidar que dicho tratado era la única alianza de carácter militar que la primera mantenía con una nación extranjera en 1997 y, pese los cambios en la relación bilateral y el distanciamiento, nunca a lo largo de las dos décadas la China de Deng dio muestras de poner fin a este acuerdo con Pyongyang. Las razones son, de hecho, diversas pero todas tienen en común un elemento: servir a los intereses de China. En ningún caso, el mantenimiento del tratado fue el resultado de una mayor importancia de la RPDC en la política de Pekín sino que fue consecuencia de los cambios internos en la RPCh y de los acontecimientos en la escena internacional.

Al preservar el tratado de 1961, Pekín buscaba garantizar sus intereses en la zona. En primer lugar, aseguraba a su aliado norcoreano su defensa en caso de agresión exterior, aliado que desde la desaparición del pacto con Moscú se sentía muy vulnerable. La alianza sino-norcoreana tenía un gran valor militar para la RPDC mientras que era más simbólico en el caso de China. Sin embargo, era muy importante para esta última porque le otorgaba un sentimiento de seguridad a Pyongyang al mismo tiempo que restringía las opciones militares de éste, asegurándose así que los norcoreanos no llevarían a cabo una nueva contienda con su vecino del sur. Sin olvidar que el acuerdo de seguridad entre los dos gobiernos comunistas permitía preservar el equilibrio de poderes en la zona. Por otro lado, al no seguir el camino de Rusia, la existencia de tratado permitía a Pekín continuar siendo un aliado de la RPDC. Junto con la ayuda económica, el tratado de 1961 será uno de los ejes para mantener la influencia en Pyongyang.

La preservación de la alianza con la RPDC no excluyó, sin embargo, una alteración de la posición china hacia el conjunto de Corea y aquí reside uno de los elementos clave en el cambio de la relación entre Pekín y Pyongyang con respecto al período maoísta. A lo largo de una década y media Deng Xiaoping y sus camaradas del PCCh fueron diseñando una nueva política hacia la península coreana, que culminó con la instauración de la política de las “dos Coreas”. Ya con anterioridad a 1978 los dirigentes de la RPCh habían tomado conciencia de la imposibilidad de una reunificación de la península bajo un sistema marxista, como defendían Kim Il Sung y el PTC. Por tanto, la realidad de Corea del Sur era un hecho innegable y al que había que hacer frente. El problema era las implicaciones que un reconocimiento diplomático de Seúl tendría en las relaciones entre Pekín y Pyongyang.

En este punto, podemos afirmar que Pekín actuó de manera inteligente y se limitó a esperar el momento adecuado. Este último surgió con los acontecimientos en el seno del mundo comunista a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa. A diferencia del período anterior, donde su influencia en Pyongyang estaba limitada y condicionada por la rivalidad con Moscú, la post-Guerra Fría fue una época más provechosa para Pekín porque ganó más libertad en su política coreana. De hecho, podemos afirmar que hasta la implementación de la política de las “dos Coreas” China no tuvo una política realmente independiente en la cuestión coreana. Y aquí es conveniente destacar que el régimen chino tuvo la fortuna de que Deng Xiaoping

viviera los primeros años de la post-Guerra Fría porque le permitió reajustar la política coreana de Pekín en el nuevo contexto mundial. Aunque todos los méritos no se pueden imputar exclusivamente al histórico dirigente chino, no debemos olvidar que Deng, pese a estar más abierto que Mao a las opiniones de sus camaradas del PCCh, siempre tuvo la última palabra en lo que se refiere a la política exterior china y la decisión de normalizar las relaciones con Seúl, por ejemplo, fue tomada por él.⁵ El acierto de esta decisión es indiscutible porque, aunque sin duda perjudicó las relaciones sino-norcoreanas, Pekín supo preservar su influencia sobre el régimen de la RPDC incluso después de la desaparición de su máximo líder, evitando de esta forma seguir el camino de la URSS. La derrota de Pyongyang, en este caso, fue evidente porque fracasó en su objetivo de eternizar la política de “una sola Corea” de Pekín e, indudablemente, el establecimiento de relaciones diplomáticas entre China y Corea del Sur cambió radicalmente las relaciones de la primera con la península y reforzó sus intereses en la zona.

La instauración de la política de las “dos Coreas” es probablemente el hecho más importante de la política coreana de la RPCh desde su intervención militar en 1950-1953. Se trata de un movimiento inteligente que permitió a Pekín incrementar su papel en la zona y en especial en torno al problema coreano. Al tener buenas relaciones con las dos Coreas, China se colocaba en la mejor posición posible en el escenario coreano e incrementaba su prestigio e importancia en la zona del nordeste de Asia, a la vez que facilitaba la preservación de la paz y la estabilidad en la península, lo que repercutía favorablemente en sus intereses nacionales. Pero existe otra ventaja: mientras existan dos estados ideológicamente diferentes en Corea (esto es, la RPDC y la República de Corea), la política de las “dos Coreas” seguirá siendo un instrumento fundamental en la relación que Pekín mantenga con la península. En otras palabras, al adoptar dicha política, Deng dio a China la llave para poder desarrollar su política hacia la península coreana sin tener que depender de los condicionamientos procedentes de Pyongyang.

La política de las “dos Coreas”, sin embargo, esconde otro beneficio para los chinos aunque éste suele pasar muchas veces desapercibido. Dicha política tiene un objetivo a más largo plazo y está estrechamente vinculado al tema de la reunificación de los dos estados de la península. Como hemos visto, Pekín nunca mostró una actitud colaboradora en esta cuestión a lo largo del período 1978-1997 pese a mostrar oficialmente un apoyo a la unión pacífica de los dos estados coreanos decidida por los

⁵ Seonji Woo, “Adversarial Engagement and Alliance Relations: Triangular Politics on the Korean Peninsula, 1988-1994” en *Issues & Studies*, marzo-abril de 2001, vol. 37, nº 2, p. 127.

pueblos respectivos. No obstante, los líderes chinos de esta época tuvieron claro que aquella tendría lugar más pronto o más tarde y había que estar preparado para este acontecimiento con el fin de poder jugar un papel relevante, lo que sin duda repercutiría favorablemente en los intereses de la RPCh. Aquí está, por tanto, otra de las claves de la adopción de la política de las “dos Coreas”. Logrando la normalización diplomática con Seúl, Pekín se anticipaba a una futura reunificación de la península a medio o largo plazo, reconociendo al mismo tiempo implícitamente que ésta tendría lugar mediante la absorción de la RPDC por la República de Corea.

A lo largo del período 1978-1997, la política impulsada por el régimen comunista chino buscó continuar desempeñando un papel crucial en la península coreana. Por ello, China tuvo que mantener una relación más compleja con Pyongyang por motivos estratégicos a la vez que buscaba incrementar sus lazos con Seúl por razones de tipo económico y político. Pero es importante recalcar que, pese al distanciamiento entre Pekín y Pyongyang a lo largo de esta etapa, no debemos dejarnos engañar: la influencia china continuó siendo importante pese a los altibajos en la relación bilateral. Ni las reformas en la RPCh, ni el reconocimiento diplomático de Corea del Sur por parte de Pekín ni la muerte de Kim Il Sung fueron motivos suficientes para la ruptura y la crisis de 1995-1997, el incremento de la ayuda y el mantenimiento de la alianza con la RPDC permitieron a los chinos recuperar gran parte de aquella influencia perdida y preservar de esta forma sus intereses en la zona.

De todas las potencias involucradas en la península de Corea, la RPCh fue sin duda la que más incrementó su influencia en el período 1978-1997. De esta forma, China reforzaba su posición política, económica y estratégica en la región del nordeste de Asia, como un punto de partida para establecer la *pax sinica* en la zona, política que será seguida por los sucesores de Deng Xiaoping. No en vano, el diseño futuro de la península de Corea será de un interés primordial para Pekín.